

Memoria fabulosa del

MAR

por ALVARO CUNQUEIRO



dé Fider, o en *La Estrella de Kinsale...* (del *Mary Celeste*, pese al libro de Keating, creo que nada se ha averiguado hasta la fecha: el *Mary Celeste* fué hallado en el Atlántico, rumbo a España y con vela desplazadas, estaba vacío, pero en la cámara, en la mesa de comer había tres tazas de té todavía caliente cuando los del velero inglés *Dei Gratia* subieron a bordo del *Mary Celeste*..., pero el que prefiero es el *St. Peter*. Era su armador y capitán el Ritter de Heide, en el Holstein; el *St. Peter* zarpó en Wesermunde una mañana de abril; el viaje Oldenburgo olía a manzana y aguardiente de patata y bajo las aguas verdes del Weser la torre del castillo sumergido de Blexen asomaba sus catorce almenas de piedra negra. El caballero de Heide viajaba a Sunderland, llevando consigo una herencia para una doncella de Tynemouth. En Black Halls Rocks, cuando ya el viaje tocaba a su fin, se hundió con un noroeste terrible el *St. Peter*, sin que se salvase ni el can de a bordo. Desde entonces se suele ver el bergantín de Eider por los mares boreales, con sus velas al viento, raudo, impasible, en medio de las mayores tempestades, cubierto con un manto de luz azul. El año 1843 se acercó a Blyth y los pescadores escoceses vieron cómo un esqueleto bajaba a tierra con dos calderos y los llenaba de agua en la fuente, frente a la taberna «Al Unicornio y la Doncella». El *St. Peter* lo vieron los de Quiberon de Bretaña y los de Homfleur y de Kork; lo conocieron por la luz azul, «talmente una luna de tres palos que navegase».

LA ISLA DE ZACAR

De todas las tierras que se han perdido para los modernos y los antiguos alabaron, prefiero Zacar, porque aun los mismos geógrafos árabes, Al-Magrizzi entre ellos, hubieron de reconocer que era isla navegante, a la deriva en los mares orientales, bajo la gran orquesta de los monzones. Zacar es un reino, partido en cuatro ríos, como el Paraíso Terrenal... lo gobierna la marani de los cien quitasoles y en él medra, juntamente con la cortesía, el limonero y las sedas, el único rosal de rosas verdes del que haya noticia. Cuando la marani, terminadas las lluvias, sale con sus cien quitasoles a los jardines de Zacar, a los Estados de los Estrechos. llega un vien-

PARA estas navegaciones no es preciso que me encomiende a Cástor y Polux como los grecolatinos solían cuando se hacían a la mar, o grite, a la española «¡Iza Santa María!»... como si talmente yo fuera el lord de los cinco Puertos y tuviera remo de plata para ordenar los sucesos de los Cinco Mares sentado en un saco de lana tornesa y con privilegio de negrito con quitasol, me pongo yo, desde esta tierra adentro roon le estoy atracado, a trdenar con ayuda de la imaginación—ayuda mucho más feliz que la de la memoria— fábulas y fantasías del mar. Estas imaginaciones creo placerían a los que se sentaron en el lar de Ulises a oír la *Odisea* y a los que en Bagdad rodeaban a Simbad el Marino cuando regresaba de la ballena, la canela y los jardines de la Taprobana... Así, pues, cuento y nada más.

EL NAVIO FANTASMA

Quisiera haber recorrido el mar en un navío fantasma, en uno de esos navíos que no salen de la línea de sombra en el *Marí Celeste*, en el *St. Peter*

